

UNA CONTEMPLACIÓN DEL NACIMIENTO

ÁLVARO ZAPATA S.J.*

Fecha de recepción: octubre de 2020

Fecha de aceptación y versión final: noviembre de 2020

RESUMEN

Se propone un ejercicio de oración en torno al nacimiento de Jesucristo, siguiendo el texto de la contemplación del Nacimiento de los Ejercicios espirituales de San Ignacio [EE 110-117]. Partimos de una realidad que no siempre ayuda a adentrarnos en este misterio con profundidad y dando algunas claves para que las distracciones propias de las fechas de Navidad no nos alejen de la posibilidad de poder volver sobre uno de los principales misterios de nuestra fe.

PALABRAS CLAVE: Ejercicios espirituales, contemplación, encarnación, nacimiento, servicio.

A CONTEMPLATION ON THE NATIVITY

SUMMARY

A prayer exercise is proposed with regard to the birth of Jesus Christ, following the text on the contemplation of the Nativity in the Spiritual Exercises of Saint Ignatius [SE 110-117]. We start from a reality that does not always help us to study this mystery in depth and offer some advice so that the typical distractions of the festive period do not remove the possibility of returning to one of the biggest mysteries of our faith.

KEY WORDS: Spiritual exercises, contemplation, incarnation, birth, service.

* Estudiante de Filosofía. Universidad Pontificia Comillas. alvarozapata@jesuitas.es

A modo de preámbulo

A primera vista no debería ser un gran reto contemplar el Nacimiento de Jesús en fechas como las presentes. Pocas veces el conjunto de la sociedad se dispone en una misma dirección de un modo tan amplio. Y es que parece que ya desde octubre los sentidos se nos disponen y las imágenes de belenes, la publicidad que despierta nuestro lado más sentimental y los recuerdos que se nos van agolpando nos introducen de modo casi inconsciente en la historia del Nacimiento de Jesús. De un modo paradójico el Adviento se nos alarga y empezamos ya a vivirlo hace dos meses. La Navidad se nos hace tan omnipresente que casi nos empacha. Y quizás ese sea precisamente el principal problema. Que estamos tan empachados que necesitamos un esfuerzo previo de silenciar nuestro alrededor si queremos acercarnos al misterio ocurrido en Belén.

A veces parece que casi sería más fácil contemplar este misterio en otra época, más libres de estímulos y de imágenes prefabricadas de la Navidad. Es como si las luces que inundan nuestras calles nos cegaran ante la realidad del misterio que tenemos delante. Para evitar este deslumbramiento, deberemos pedir el conocimiento interno del Hijo, que por nosotros nace y se hace hombre [EE 113]. Pedimos lo que no tenemos, la profundidad, la comprensión integral de lo que va a suceder. No somos los protagonistas, pero sí los destinatarios. Por nosotros nace Jesús en pobreza, para que podamos crecer en amor a Él, y en servicio a nuestro mundo que nos necesita.

Sin embargo, y asumiendo esta dificultad, podemos también servirnos de estos estímulos navideños que incluso en esta época compleja no dejamos de tener, intentando profundizar en lo que revelan de nosotros, para introducirnos en la contemplación del Nacimiento y así sacar algún provecho [EE 116].

El primer punto es ver las personas [EE 114]

Lo primero es mirar a las personas, igual que en cualquier cena de Navidad, que en cualquier encuentro de los que hemos vivido a lo largo de los

años. Hacernos conscientes de quienes nos van a rodear en este momento tan central, vernos junto a otros, compartiendo, poniéndonos al día, celebrando, ayudando. Estos días parece que se nos llenan de personas, presentes y ausentes. Los distanciados y los más cercanos, todos se hacen presentes en la mesa compartida otro año más.

Podemos comenzar pues nuestro camino mirando a San José y Santa María. Y observarles en la soledad que les reservó este momento de sus vidas. Ellos, como tantos otros en nuestro mundo, no tuvieron ocasión de celebrar la llegada de su hijo en medio de una familia numerosa y ruidosa, rodeados de regalos y buenos deseos que mitigaran las carencias. Ciertamente el inicio de esta noche para ellos estuvo marcado por el rechazo, no había sitio para ellos (Lc 2,7). Al contemplar a los dos solos, caminando, preocupados por las malas condiciones no podemos dejar de contemplar a un mismo tiempo la ilusión por la nueva vida que se asomaba en sus rostros. Podemos traer a nuestro corazón a tantos que caminan solos en estos días, también los momentos de soledad personal que nos ha tocado afrontar en este año, en el que quizás los espacios de soledad se han ensanchado... Y las ilusiones que nos han mantenido en el camino.

Son unos padres primerizos, no saben si saldrá bien o no, si el niño traerá problemas o nacerá sin dificultad... La incertidumbre es casi su única compañera de camino mientras llegan a Belén. Pero no retroceden quizás porque confían en que su soledad no es total. Para resaltar esto San Ignacio no va a dejar completamente solos a la Virgen y San José en esta noche. Les va a poner a dos sirvientes que les ayuden en el trance del nacimiento. Una «ancila», criada, y a un «esclavito indigno» –que es el lugar que se nos va a proponer tomar. Y no los convierte en figurantes, si no que les sitúa en el centro de la acción de ayudar a la Sagrada Familia. Puede ser este un segundo camino en el que ir adentrándonos en la historia de la noche del Nacimiento de Jesús. No limitarnos a ser espectadores, a convertirnos en parte del decorado, como una figurita de cualquier belén doméstico. Debemos tomar parte en la acción, desde la actitud del contemplativo que es la actitud del sirviente, del que es capaz de ver la necesidad dibujada en el rostro del otro y del Otro. Y no desde el papel de salvadores sino des-

de el papel de esclavos. Para que nos sepamos dependientes, sujetos a lo que contemplamos. Detener nuestra mirada, nuestro pensamiento sobre el Nacimiento de Jesús no nos puede dejar indiferentes. Ocurre por cada uno de nosotros, para que vivamos en plenitud. Y ante esa plenitud de vida que empezamos a recibir en aquella noche en Belén y que continuamos recibiendo a diario, nuestra respuesta está llamada a ser el servicio. Callado, humilde, sin escribir páginas de la Historia.

Nos cruzamos con muchas personas en estos días. Muchas veces nos molestan con su prisa, sus agobios. Gente ocupada, como la que probablemente se fueron cruzando en su camino de Nazaret a Belén la Virgen y San José y que no supieron advertir la grandeza que acogía esa humilde pareja que caminaba hacia Belén, que no reconocieron nada especial en el artesano que pedía un sitio para su mujer embarazada. Podemos intentar hacer el ejercicio de no limitarnos simplemente a verlas, sino intentar mirarlas, intentar en nuestros encuentros cotidianos, ver a las personas con la actitud del que contempla, del que sirve.

El segundo: mirar, advertir, y contemplar lo que hablan [EE 115]

El ruido se hace presente en estos días. Los villancicos, por supuesto. Pero también los anuncios, los mensajes que entran con más frecuencia en los móviles, las llamadas que se multiplican, las conversaciones que van surgiendo después de un tiempo... O esas conversaciones que sólo se dan en estos días y que no volverán hasta dentro de un año. El ruido de las cenas y encuentros familiares. De las cabalgatas de Reyes y los juguetes nuevos, con las pilas a tope aún. Son sonidos que nos dan ambiente, que pueden molestarnos a ratos, pero sin los que las fiestas no serían iguales para nosotros. El silencio nos trae a una vivencia navideña lejana de lo que conocemos. Los momentos especiales, festivos, van acompañados de su dosis de ruido, casi necesaria. Si faltara en realidad no serían lo mismo.

Y, sin embargo, no era una noche especial en Belén. No habría un gran ruido que llenara las calles de ambiente festivo. Un día más, de tantos. De trasiego, de ir y venir de personas a cumplir con el requisito del censo. Ruidos que se iban acallando conforme la noche caía sobre la población.

Quizás solo roto por algún animal, o por la conversación de los pastores que acampaban fuera.

Podemos imaginar fácilmente cuál fue la conversación en esta noche entre San José y Santa María. Entremezclando las ilusiones con las incertidumbres. Las preocupaciones con la alegría. Podemos imaginar los diálogos repetidos en uno y otro lugar donde pedían albergue, recibiendo una negativa tras otra, sabiendo que la pelea no es una opción real, su posición social no permite más que asentir y seguir llamando a otros lugares. La esperanza que se abre, a la vez que la triste resignación, cuando alguien les indicó aquel pesebre como una oportunidad. Como fueron hacia allí y comentaron lo incómodo del lugar, cómo adaptarlo mejor a lo que necesitaban. Buscando un chispazo de optimismo en las circunstancias adversas que estaba rodeando el momento más importante de su vida, el nacimiento de su primogénito.

Imaginamos a la Virgen en el dolor del alumbramiento y la preocupación de padre primerizo de San José, intentando ayudar sin saber bien cómo... El llanto del recién nacido que rompe el silencio de la noche. La alegría y las bendiciones que estallan y acallan las preocupaciones. Para volver a la calma recobrada cuando la Madre y el Hijo descansan después del esfuerzo del parto. Podemos imaginar incluso la primera nana que acogió en este mundo a Jesús. Las primeras palabras que escuchó de su Madre y de San José, que fueron la cálida acogida que no encontró en otras partes. Dios se las procuró para que su abandono no fuera absoluto, para que no estuviera dejado de su mano en sus primeros instantes en nuestro mundo.

Cansados, pero alegres. Las penas se van diluyendo en el alborozo del recién nacido. Las conversaciones íntimas acerca de cómo era su hijo recién nacido que muestran el orgullo de los padres primerizos. Podemos pensar en esos reencuentros de Navidad en los que nos presentan a nuevos miembros de la familia, que viven sus primeras fiestas y que todos admiramos y celebramos.

Podemos detenernos también en la sorpresa de los pastores que se acercan, que preguntan, que hablan de un anuncio que se parece al que ellos recibieron hace meses. Que inquieta y confirma a un mismo tiempo. Podemos imaginar como el inicio de la vida de Jesús fue una conversación

compartida, cómo mientras Él dormía, como tantos niños en nuestras fiestas familiares, los adultos compartían sus inquietudes y sus alegrías, sus esperanzas sobre la nueva criatura. Conversaciones que esta noche en Belén dejan traslucir la esperanza que trae el recién nacido, que nos abre preguntas de futuro, aunque no sepamos bien que nos deparará esta nueva vida que ha nacido.

El tercero: mirar y considerar lo que hacen [EE 116]

Quizás fue San José el primero que tuvo que poner su habilidad a funcionar rápidamente para adecentar aquel pesebre. Lo cierto es que no fue la de Belén una noche del todo tranquila y de descanso como se prometían quizás cuando iban de viaje. Tocó improvisar un lugar, atender al recién nacido que necesitaba todo de ellos, acoger a esos humildes pastores que aparecieron entre sorprendidos y curiosos y que seguro que prestaron su ayuda. El cansancio del viaje probablemente se vaya notando, pero en el calor del nacimiento van encontrándose fuerzas para disfrutar del momento y celebrar de manera humilde.

También en nuestros hogares estas fechas, la Navidad, es ocasión de movimientos, de muchos quehaceres, de tareas que se van acumulando. De compras por hacer, largos ratos en la cocina, de desempolvar cajas olvidadas con adornos, e ir dando una nota de color, de luz, a nuestras casas, a lo que nos rodea. No falta quien necesita vacaciones una vez que se han acabado las Navidades.

No siempre nos llegan las fiestas en el mejor momento vital. Tampoco Jesús nació en el momento en el que San José y Santa María estaban en las mejores condiciones para acogerle. Pero Dios actúa de esa manera, en la sorpresa, no tanto mirando lo bien preparados y equipados que estamos, sino atendiendo a nuestra actitud de acogida. Porque el nacimiento de Jesús pilla desprevenidos a la Virgen y San José, pero esto no les paraliza. Se disponen al hacer, a acoger a la Vida que se abre paso en su pequeña familia. Pese a los «tantos trabajos de hambre, de sed, de calor y de frío» [EE 116], no es un hacer resignado el suyo. Tiene más que ver con el agradecimiento, con la plenitud de estar haciendo lo que hay que hacer.

Parecido al de tantos familiares nuestros que echan el resto en la preparación de las fiestas de Navidad, gratuitamente, disfrutando. Podemos recordar a esa criada, ese esclavito indigno en el que nos hemos convertido, ayudando en los primeros cuidados del Niño. Y en ellos a tantas personas que también en la noche ayudan y sirven a muchos. Que se meten en la cocina y no salen hasta varias horas después para que la familia pueda celebrar tranquila. Podemos traer a nuestra oración a tantos que pasarán la Nochebuena o la Nochevieja –incluso ambas– sirviendo a la sociedad en puestos de trabajo esenciales: médicos, bomberos, policías, servicios de limpieza... A tantas personas que dedicarán su tiempo festivo al voluntariado, a paliar esa soledad que duele de un modo especial en estos días.

Acabar con un coloquio... [EE 117]

No es fácil mantener una conversación con un recién nacido, por no decir que es imposible. Y sin embargo es siempre el centro de atención. El centro de todo nuestro recorrido hasta aquí, las penas, las fatigas, las alegrías es un bebé. Indefenso, improductivo, que ni tan siquiera sabe hablar. Impotente por completo. Porque su atractivo no está en lo que puede hacer o decir.

Será precisamente esa impotencia la que nos mueva hasta lo más profundo de nuestro ser, no los hechos o las palabras. La indefensión que contemplamos es la que despierta en nosotros el mejor sentimiento que podemos albergar, la ternura. La ternura que no se agota, que dispone nuestro corazón a la entrega pausada, cotidiana. Que más que derramarse, va manteniendo la vida gota a gota, despacio, sin prisas. La ternura ante un recién nacido conecta con todo lo bueno que alberga nuestro interior, brota de lo más hondo de nuestro ser. Nos conecta con nuestra dependencia radical de los que nos rodean, nos recuerda lo poco que hemos sido y que en realidad seguimos siendo. Lo necesitados que estamos de ser cuidados, por muchos años que ya tengamos.

Ante un recién nacido que duerme el silencio es espontáneo, nuestros pensamientos se acallan ante la maravilla de una vida nueva que se pone en nuestras manos y que depende de nosotros. De algún modo no somos

capaces de otra cosa que de contemplar y agradecer la oportunidad que se nos da de acoger en nuestras manos frágiles algo tan extraordinario como una vida que comienza. Este será el silencio en el que el ruido de nuestros días festivos se apague y que nos pondrá en la disposición de ayudar en todo lo posible. Al contemplar la impotencia más absoluta surge en nosotros la urgencia del servicio incondicional. Somos capaces incluso de lo que no pensábamos que pudiéramos hacer jamás.

Y ese recién nacido se nos revela como Dios. Nuestra dependencia se complementa en la dependencia de un Dios que se nos revela como necesitado de nosotros, que nos llama a su servicio, a cuidarle. A entregarnos a Él con lo que somos, acompañándole hasta el final de su vida. Sabiendo que el camino no será fácil y que el final será morir en cruz [EE 116].

Al final de este ejercicio no nos queda más que un Dios hecho niño, un Dios que elige hacerse indefenso y ponerse en nuestras manos. No tenemos grandes logros o respuestas, más bien nos queda el silencio que aguarda y la presencia cierta de una vida que de un modo irremediable ya se ha unido a la nuestra. Así que no podemos sino poner en Él todas nuestras esperanzas para lo que está por venir.

Quedan muchos caminos por recorrer, muchos misterios por contemplar y gustar. Pero en esta noche todo eso nos queda lejano, ante la certeza de la inmediatez de Dios. Por vez primera podemos sentir su peso, su respiración, verle, estudiar sus rasgos, incluso sentir su olor y prestarle todos nuestros cuidados. Porque se ha hecho uno de nosotros. Nunca como en la noche de Belén pudimos sentir la presencia real de Dios y sentir que ya no había vuelta atrás. Su presencia no nos va a abandonar.

Y terminar con un paternóster